

Todos los caciques inferiores le recibían con las mayores muestras de amistad.

A los pocos días volvió con grandes cantidades de oro y las mejores noticias de la riqueza y feracidad del terreno.

En vista de esto, resolvió el almirante establecer una colonia en Veragoa y apoderarse del país.

La tormenta comprimida iba á estallar en breve.

Capítulo XXXV

La colonia de Veragoa.

Reanimado el espíritu de Colón al ver que al fin había logrado realizar los deseos de toda su vida, encontrando un país fértil y rico que conquistar para los reyes de España; confiando por esto en que al regresar á su patria adoptiva una nueva ovación le indemnizaría de los hondos pesares que había sufrido, se entregó confiado á la esperanza, y hasta sus males se aliviaron.

—No hay duda,—exclamaba en sus momentos de expansion, dirigiéndose á su hermano, á su hijo y al valiente Diego Mendez, su más leal servidor,—la Providencia nos ha protegido, y hemos llegado al país más espléndido del continente asiático.

—No puedo menos de recordar,—añadía, volvien-

do á acariciar sus antiguas ilusiones, lo que dice el historiador Josefo al describir el templo de Salomon.

El oro empleado en él habia sido arrancado de las minas del áureo Quersoneso, y todo me hace creer que las minas que hay en este país son las que cita el escritor judío. Están á la misma distancia del polo y de la línea equinocial, y no hay un sitio más á propósito que este para establecer una colonia, que será con el tiempo un gran mercado, abundante siempre, puesto que en breve tiempo hemos visto reunido aquí más oro que el que tanto trabajo nos ha costado adquirir en la Española durante muchos años.

Tanto por estas circunstancias, como por la usurpacion de derechos que habia sufrido en la Española, y por la que los aventureros españoles le habian hecho explotando el Golfo de Paria, resolvió conquistar á toda costa la provincia de Veragoa ó Veragua, y consolidar en este triunfo su reputacion.

—Lo que procede,—dijo el adelantado,—es que mientras yo con un puñado de hombres domino el territorio de las minas, y construimos la colonia, vuelvas tú á España para dar cuenta á los reyes de este descubrimiento, y conseguir nuevos refuerzos de hombres para sacar partido de tanta fortuna.

Esta idea halagó á Colon, porque en efecto deseaba cuanto antes recuperar su menoscabado prestigio.

Pero no quiso partir sin que todos contribuyeran á la construccion de la colonia, á la dominacion del país.

Con este deseo desplegó la mayor actividad para

dar órdenes, y designó á ochenta hombres, divididos en cuadrillas de diez cada una, para que empezaran á construir casas en una altura próxima al rio de Belen.

Los españoles, seducidos por los tesoros que encerraba aquella provincia, y halagados por la idea de que no tardarian en volver á España la mayor parte á recibir el premio de sus afanes, se consagraron con entusiasmo á aquella tarea, y empezaron á fabricar las casas de madera, cubriéndolas con hojas de palma, que crecian con abundancia en la costa.

Construyeron una de grandes proporciones para que sirviera de almacén; y aun cuando las provisiones que habian llevado de España estaban á punto de acabarse, no sufrían privaciones, porque aquellas fértiles tierras producian plátanos, cocos, maiz, y además podian coger abundantes pescados.

Una circunstancia permitió á los españoles llevar á cabo el establecimiento de la colonia, sin que Quibiam ni sus guerreros se lo estorbasen.

Los indios de la costa, no solamente no eran hostiles, sino que les ayudaban, porque las instrucciones que habian recibido eran las de tratarlos aparentemente con la mayor afabilidad.

No hubiera, sin embargo, consentido Quibiam á los españoles que se apoderasen de su territorio, ni levantasen edificios para guarecerse y defenderse en caso necesario si un inmenso dolor no le hubiera hecho olvidar por algun tiempo los peligros que le amenazaban y el odio que abrigaba en su pecho.

Explicaré en breves líneas lo que había sucedido.

Unima fué por orden de Quibiam á visitar las embarcaciones de los extranjeros con el objeto de averiguar los elementos con que contaban para combatir, la calidad é importancia de sus armas, y todos cuantos datos podían servirle para tender mejor el lazo á sus enemigos.

Al hallarse á bordo de la carabela capitana fijó sus ojos en una pobre india que permanecía sentada sobre cubierta, mirando á todas partes sin fijarse, y como víctima de un alucinamiento.

Al verla se estremeció.

Creyó reconocer en sus facciones las de Lianata.

No se equivocaba.

Pero temeroso de que se alarbaran los extranjeros si notaban en él algun interés en favor de aquella jóven, se serenó, y por medio del intérprete preguntó al almirante quién era aquella india.

El intérprete satisfizo su curiosidad.

Después de oír la revelación que aquel hizo, no tuvo la menor duda.

Aquella era Lianata.

Una idea cruzó por su imaginación.

—Cacique de los extranjeros,—dijo á Colon, por medio del intérprete,—ya has visto con qué cordialidad te ha recibido nuestro rey. Ha permitido á tus vasallos recorrer todo su territorio, apoderarse del oro que nace en las entrañas de sus minas. Nada te ha negado, nada te negará; pero Quibiam sufre una

inmensa pena, y tú tienes en tu poder el medio de alejarla para siempre de su alma.

—Mucho me agradaría,—contestó Colon,—que fuera cierto lo que decís, porque mi mayor satisfacción sería demostrarle mi gratitud.

—Pues bien, escucha,—dijo Unima.

Nuestro rey Quibiam amaba á una mujer con toda su alma. Desde las hermosas llanuras de Ornofay la había traído á su reino para consagrarla todo su amor.

Una mirada suya bastaba para devolver la alegría á su espíritu, para dar poder á su brazo contra todos sus enemigos, para dulcificar su ira é inspirarle clemencia.

Compartía con Irayba, la madre de los hijos de Quibiam, todo el amor del rey.

Pero un día abandonó las playas de Veragoa.

Fué á recibir el último adiós de su moribundo padre, y en medio de los mares asaltó á su canoa la tempestad.

Los vientos la arrojaron á costas desconocidas.

En ellas encontró á vuestros hermanos, los cuales,—añadió con amargura Unima,—apiadándose de su desgracia, abrieron su corazón á la fé, y haciéndola abjurar de su religión, le inspiraron respeto y veneración á la vuestra.

Quibiam la llora por muerta, pero vive.

Vos podeis devolvérsela.

—¿Está en Haiti, sin duda?

—No, viene con vos... Héla allí,—añadió señalando á Lianata.

La jóven india habia tomado el nombre de María. Este nombre era el que le daban los españoles.

—¿María,—exclamó Colon,—la esposa de Quibiam?...

—Su esposa predilecta.

—Ahora comprendo su inmensa alegría al descubrir las costas de Veragoa. ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido antes que mis soldados, hubiera ella misma llegado á la presencia de Quibiam para ofrecerle nuestra amistad.

—No es tarde.

—Cierto.

—Si quieres conceder un gran favor, confíala á mi cuidado; yo la llevaré á los brazos de su esposo, y su gratitud será tan grande, que con todo su reino no podría pagarte el beneficio que le dispensas.

Colon dió inmediatamente órdenes para que Lianata fuera puesta en libertad, y consintió á Unima que se acercase á ella.

—Lianata,—dijo el cacique,—¿no me reconocéis?

La jóven fijó en él su mirada.

—No, no sé quién eres; y sin embargo, yo he oído tu voz antes de ahora.

—Vengo á buscarte para llevarte al lado de tu esposo.

—¿Mi esposo?... Mi esposo ha muerto.

—No, vive; yo te aseguro que vive. Ven conmigo y no tardarás en estrecharle contra tu corazón.

—Estoy prisionera.

—Te han concedido la libertad.

—No, no; yo debo la vida á los que me han traído aquí. Encadenada iba á partir lejos, muy lejos de mi patria, acaso para siempre. Pero estalló la tempestad, los barcos se sumergieron, los hombres que los tripulaban cayeron en el mar lanzando gritos terribles de desesperacion.

Yo pude sostenerme sobre las olas.

El viento me empujaba; llegué á las embarcaciones, allí me recogieron y tuvieron piedad de mí. Soy su prisionera, y no puedo abandonarlos.

—Lianata,—dijo Unima,—vuelve en tí: ellos desean verte feliz, devolvete la razon que has perdido, y para que seas dichosa vengo á buscarte.

—Mira,—dijo la india,—yo creo en Dios trino y uno; yo creo en la Virgen, Madre de los afligidos: ella no se separa de mí, ella consuela mis penas.

Yo creo en los ángeles, espíritus puros que interceden con Dios por nosotros.

Pues bien: un ángel, el ángel de mi guarda, me ha dicho muchas veces:

«No abandones á los españoles: mientras estés con ellos conservarás la fé, y la fé es tu salvacion. En cuanto te alejes de su lado, los tuyos te obligarán de nuevo á adorar á los falsos ídolos, y en el momento en que la fé te abandone exhalarás el último suspiro.»

—No,—añadió estremeciéndose,—no intentes separarme de mis hermanos; al tercer dia exhalaria el último aliento.

Unima pidió á Colon que mandase á la india obedecerle.

El almirante se acercó á Lianata y ofreciéndola una cruz:

—Toma,—le dijo;—mientras lleves contigo esta reliquia no te abandonará la fé.

La india besó la cruz.

—Ven, ven ahora conmigo,—dijo Unima;—Quibiam te espera.

—Quibiam... ¡Ah! Si... ya recuerdo... Quibiam, mi querido esposo... Corramos, corramos á su lado; quiero que participe de mi fé, que goce las delicias que á mí me sonrien.

Y besando la cruz, siguió á Unima á la canoa que habia conducido al cacique de Guaniguanito, partiendo á la playa.

Lianata estaba desfallecida.

Le faltaban fuerzas para andar el camino que le separaba de la morada de Quibiam.

Unima se cogió de su brazo, y no tardó en llegar con él á la solitaria caverna en donde vivia Quibiam sufriendo su desgracia, y acariciando la venganza que proyectaba tomar de los españoles.

Capítulo XXXVI.

Ultimos momentos de Lianata.

Al ver en su presencia á Lianata, todos los sentimientos, todas las ideas que abrigaba Quibiam, desaparecieron.

Se olvidó del horrible martirio que habia sufrido, se olvidó de que los españoles estaban en sus territorios, y durante algun tiempo fué tanta su emocion, que ni aun pudo preguntar á Unima cómo habia llegado á su poder Lianata.

La jóven fijó en él su mirada con un vivo deseo de reconocerle, y sin embargo, como si tuviera un velo en sus ojos, pasó el índice de sus manos sobre ellos para alejar la sombra que le impedia ver á Quibiam como le habia visto en otro tiempo.

—Lianata, esposa mia,—exclamó el rey, estrechando en sus brazos á la jóven.